

Pero el cuerpo del doctor se aletargó apenas una ó dos horas en la agitación de un sueño intranquilo. Cuando se despertó en la oscuridad de su cuarto caliente y cerrado sintió, aun antes de que su pensamiento se hubiera puesto en actividad, esa opresión dolorosa, ese malestar del alma que deja en nosotros el pesar con que nos hemos dormido. Parece que la desgracia, cuyo choque hemos sufrido la víspera, se ha deslizado durante nuestro sueño en nuestra misma carne, que lacera y fatiga como una fiebre. Le asaltaron súbitamente los siniestros pensamientos que le mortifi-

caban al dormirse, y se sentó en la cama.

Volvió á repasar uno á uno todos los razonamientos que habían torturado su corazón en el muelle mientras sonaban las bocinas, y cuanto más pensaba menos dudaba, sintiéndose arrastrado por su lógica como por una mano inflexible.

Tenía sed, tenía calor y su corazón latía. Se levantó para abrir la ventana y respirar, y cuando estuvo en pie, percibió un rumor confuso á través del tabique.

Juan dormía tranquilo y roncaba. ¡Dormía! ¡No había presentido ni adivinado nada! Un hombre que había conocido á su madre le dejaba toda su fortuna, y él tomaba el dinero como la cosa más natural del mundo.

Dormía, rico y satisfecho, sin saber que su hermano se ahogaba de tristeza y de pena. Pedro no podía escucharle sin un movimiento de cólera.

La víspera hubiera llegado á la puerta de su cuarto, hubiese entrado, y sentándose al lado de la cama, le habría dicho: "Juan, tú no debes de aceptar ese legado que mañana podría hacer sospechosa á nuestra madre y deshonrarla,,.

Pero entonces no podía hablar, no podía decir á Juan que no le creía hijo de su padre. Tenía que callar, encerrar en sí propio la vergüenza que había descubierto, ocultar la mancha para que nadie la viese, ni su hermano mismo, sobre todo éste.

No pensaba ya siquiera en el vano respeto de la opinión pública. Hubiese querido que todo el mundo acusara á su madre con tal de que él la creyera inocente, él solo. ¿Cómo podría soportar el dolor de vivir á su lado creyendo que había concebido á su hermano en los brazos de un extraño?

¡Y, sin embargo, ella estaba tranquila y serena y parecía segura de sí

misma! ¿Era posible que una mujer como ella, de un alma pura y un corazón muy sincero, pudiese caer, arrastrada por la pasión, sin que más tarde apareciese en sus remordimientos algo del recuerdo de su conciencia turbada?

¡Ah! ¡los remordimientos! Los remordimientos debieron torturarla antes, al principio; luego se habían desvanecido, como se desvanece todo. Seguramente había llorado su falta y poco á poco acabó casi por olvidarla. ¿Acaso todas las mujeres, todas, no tienen la facultad prodigiosa del olvido, que las hace casi desconocer después de algunos años al hombre á quien han dado á besar su boca y todo su cuerpo? El beso hiere como el rayo, el amor pasa como la tempestad, luego la vida se serena como el cielo y sigue tranquila. ¿Quién se acuerda de una nube?

Pedro no podía permanecer en su

cuarto. Aquella casa, la casa de su padre se le caía encima. Sentía pesar el techo sobre su cabeza, y las paredes le ahogaban; y como tenía mucha sed, encendió la bujía para ir á beber un vaso de agua fresca á la fuente de la cocina.

Bajó los dos pisos, y cuando subía con la botella de agua, se sentó en camisa en un escalón de la escalera, donde circulaba una corriente de aire, y bebió, sin vaso, á grandes tragos, como un andarín sin aliento. Después de beber le impresionó el silencio de la casa en que percibía hasta los menores sonidos. Primero oyó el reloj del comedor, cuyo *tic tac* le pareció más fuerte á cada segundo. Luego oyó otra vez un ronquido, un ronquido de viejo, corto, penoso y duro, el de su padre sin duda; y le espantó la idea que le ocurrió súbitamente de que aquellos dos hombres que roncaban en la misma casa, el padre y el hijo, eran

completamente extraños uno á otro. Ningún lazo, ni siquiera el más tenue les unía y no lo sabían. Se hablaban con cariño, se abrazaban, se alegraban y se entristecían juntos por las mismas cosas, como si la misma sangre corriera por sus venas; y sin embargo, dos personas nacidas en los dos extremos más apartados del mundo no podían tener entre sí menos vínculos que los que tenían aquel padre y aquel hijo. Creían amarse porque había entre ellos una mentira. Una mentira era la causa de aquel amor paternal y aquel amor filial; una mentira imposible de descubrir y que no conocería nadie más que él, el verdadero hijo.

Sin embargo, ¿si él se engañase? ¿Cómo saberlo? Si pudiera existir entre su padre y Juan una semejanza, una de esas semejanzas misteriosas que se transmiten de generación en generación, mostrando que toda una

raza descende directamente del mismo beso... Necesitaria tan poca cosa él, médico, para reconocer ésto: la forma de la mandíbula, la curvatura de la nariz, la separación de los ojos, la naturaleza de los dientes ó del pelo; menos aún, un gesto, una costumbre, una manera de ser, un gusto transmitido, una señal cualquiera bien característica para una mirada experta.

Buscaba y no recordaba nada, absolutamente nada. Pero, sin duda, por no tener ninguna razón para descubrir estas indicaciones imperceptibles, habría mirado mal y observado muy á la ligera.

Se levantó para entrar en su cuarto y empezó á subir la escalera muy despacio, siempre pensativo. Al pasar por delante de la puerta del cuarto de su hermano se paró, con la mano extendida para abrirla. Sintió un deseo imperioso de ver á Juan en

seguida, sorprenderle dormido, mirarle largamente en la tranquilidad del reposo, cuando no existe el gesto de la vida. Así podría sorprender el secreto de su fisonomía, y si había alguna semejanza apreciable no se le escaparía.

Pero y si Juan se despertaba, ¿qué diría? ¿cómo explicar esta visita?

Estábase allí, en pie, con los dedos crispados sobre el picaporte, buscando una razón, un pretexto.

Recordó de repente que ocho días antes había prestado á su hermano un frasquito de láudano para calmar el dolor de muelas. Podía él tener el mismo padecimiento y reclamar su droga. Así, pues, entró, pero recatándose como un ladrón.

Juan, con la boca entreabierta, dormía profundamente. Su barba y sus cabellos rubios parecían una mancha de oro sobre la almohada. No se despertó, pero cesó de roncar.

Pedro, inclinado hacia él, le contempló con avidez. No, aquel joven no se parecía en nada á Roland, y por segunda vez surgió en su memoria el recuerdo del retrato de Marechal. Era necesario que lo encontrase. Viéndolo, tal vez no dudaría.

Juan se movió, molesto sin duda por su presencia ó por el resplandor de la bujía. Entonces el doctor retrocedió de puntillas hácia la puerta, que cerró sin hacer ruido; en seguida volvió á su cuarto, pero no se acostó.

La noche se le hizo larga. Las horas sonaban, una después de otra, en el reloj del comedor, cuyo timbre tenía un sonido profundo y grave, como si fuera una campana de catedral. Pero paseaba por su cuarto, desde la cama á la ventana. ¿Qué iba á hacer? Se sentía muy trastornado para pasar aquel día en familia. Quería estar solo, por lo menos, hasta el día

siguiente, para reflexionar, tranquilizarse, fortificarse antes de consagrarse á la vida ordinaria que habría de emprender de nuevo.

Iría á Trouville á ver pasear la gente por la playa. Esto le distraería, torcería el rumbo de sus pensamientos y le daría tiempo para dominarse y meditar sobre su horrible descubrimiento.

Al amanecer, se lavó y se vistió. La niebla se había disipado y hacía un tiempo hermosísimo. Como el vapor de Trouville no salía hasta las nueve, el doctor pensó que tendría que besar á su madre antes de marchar.

Esperó la hora á que se levantaba todos los días y bajó. Su corazón latía con tal fuerza al llamar á la puerta, que se detuvo para respirar. Su mano puesta en el picaporte estaba débil y temblorosa, casi incapaz del ligero esfuerzo necesario para mover el bo-

tón y entrar. Llamó, y la voz de su madre preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, Pedro.

—¿Qué quieres?

—Decirte buenos días, porque voy á Trouville con unos amigos.

—Es que aún estoy en la cama.

—Bien, no te incomodes. Te abrazaré esta tarde al volver.

Y se alegró, pensando que podría marchar sin verla, sin darla el falso beso que le repugnaba de antemano; pero ella respondió:

—Espera un momento. Te abriré y esperarás que me vuelva á acostar.

Oyó andar sus pies descalzos sobre el pavimento y el ruido del pasador que se describía.

—Entra.

Pedro entró. Su madre estaba sentada en la cama, y Roland, vuelto á la pared, dormía con un pañuelo de color atado á la cabeza. Nada le des-

pertaba, hasta que le sacudían fuertemente por el brazo. Los días de pesca, la criada, á quien el marinero Papagris despertaba á la hora indicada, era la encargada de arrancar á su amo de su profundo sueño.

Pedro miraba fijamente á su madre, como si nunca la hubiera visto.

Ella le presentó las mejillas, donde Pedro la dió dos besos, y se sentó en una silla baja.

—¿Fué anoche cuando decidiste esta expedición?

—Sí, anoche.

—¿Volverás á comer?

—No lo sé. En todo caso no me esperéis.

Y la miraba con una curiosidad extática. ¡Aquella mujer era su madre! Todo aquel rostro visto desde la infancia, aquella sonrisa, aquella voz tan conocida, tan familiar, le parecían súbitamente cambiadas y diferentes de lo que habían sido hasta

entonces. En aquel instante comprendió que aunque la amaba tanto, nunca la había mirado. Sin embargo, era ella, y él no desconocía ninguno de los detalles de su rostro, pero entonces los percibía claramente por primera vez. Su atención ansiosa, registrando aquella cabeza querida, se la mostraba con una fisonomía en que hasta entonces no se había fijado.

Se levantó para marchar, pero cediendo al invencible afán por saber que le dominaba desde la víspera, dijo:

—Oye, si mal no recuerdo, en París teníamos en la sala un pequeño retrato de Marechal.

—Sí—contestó la madre después de vacilar dos segundos.

—¿Y qué se ha hecho de él?

Mad. Roland vaciló de nuevo, ó por lo menos Pedro creyó que vacilaba.

—Ese retrato... espera... no me acuerdo bien... quizás lo tendré en mi *secretaire*.

—Te agradecería que lo encontraras.

—Lo buscaré. ¿Para qué lo quieres?

—No es para mí. He pensado que era natural dárselo á Juan, que tendría gusto en conservarlo.

—Tienes razón: es una buena idea. Lo buscaré en cuanto me levante.

Pedro salió.

Era un día tranquilo, sin un soplo de viento. Las gentes que transitaban por la calle parecían alegres, los comerciantes iban á sus negocios, los empleados á sus oficinas y las jóvenes á sus almacenes.

En el vaporcito de Trouville entraban ya los pasajeros. Pedro se sentó en la popa en un banco de madera, preguntándose:

—¿Le ha inquietado que yo hable del retrato? ¿Le ha sorprendido? ¿Lo ha extraviado ó lo ha escondido? ¿Sabe dónde está ó no lo sabe? Si lo ha escondido, ¿por qué?

Y siguiendo el mismo orden de ideas, de deducción en deducción llegó á esta conclusión:

El retrato, de amigo ó de amante, estuvo visible en la sala hasta el día en que la mujer ó la madre descubrió la primera, antes que todo el mundo, que se parecía á su hijo. Sin duda, mucho tiempo antes espiaba esta semejanza; en cuanto la descubrió y la vió nacer, comprendiendo que alguien pudiera algún día fijarse en ella, cogió una noche la pintura acusadora y la escondió, no atreviéndose á destruirla.

Y entonces recordó Pedro perfectamente que aquella miniatura había desaparecido mucho antes de que su familia saliera de París; acaso, según creía, cuando la barba de Juan empezaba á brotar y le daba un gran parecido con el joven que sonreía en el cuadro.

El movimiento del vapor que zar-

paba le sacó de sus meditaciones. Entonces se levantó y miró al mar.

El vaporcito salió de los muelles, volvió á la izquierda resoplando y siguió á lo largo de la costa. De trecho en trecho la vela rojiza de una pesada barca de pescadores, inmóvil sobre la mar llana, parecía una roca que salía del agua; y el Sena, bajando de Rouen, semejaba un ancho brazo de mar separando dos tierras vecinas.

En menos de una hora llegaron al puerto de Trouville, y como era la hora del baño, Pedro se dirigió á la playa.

Desde lejos parecía un gran jardín lleno de flores brillantes. Desde el muelle hasta las Rocas Negras, las sombrillas de todos colores, los sombreros de todas las formas y los vestidos de diversos matices, formando grupos delante de las casetas alineadas á la orilla del agua, parecían verdaderamente enormes ramos en una ex-

tensa pradera; y el rumor confuso, próximo ó lejano de las voces de diversos timbres, los gritos de los niños que se bañaban, las risas de las mujeres, formaban una armonía continua y dulce que se aspiraba al mismo tiempo que la brisa.

Pedro paseaba en medio de aquellas gentes, más solo, más aislado, más sumido en su propio pensamiento que si lo hubiesen arrojado al mar desde el puente de un barco á cien leguas de la costa. Oía sus palabras sin escucharlas, y veía sin mirar los hombres que hablaban á las mujeres y las mujeres que sonreían á los hombres.

Pero de repente, como si despertara, los distinguió perfectamente, y entonces experimentó un sentimiento de odio contra ellos, porque los adivinó contentos y felices.

Desde aquel momento anduvo al rededor de los grupos dominado por nuevos pensamientos. Todos aquellos tra-